

Réquiem

por una artista universitaria

POR MARCO ANTONIO MORALES GÓMEZ

No recuerdo la fecha precisa, pero fue en 1993. Habían pasado unas semanas desde el 14 de mayo, cuando protesté como rector de la Universidad Autónoma del Estado de México ante los integrantes del Honorable Consejo Universitario, y Vicky Aguirre, una chica inquieta y creativa que desarrollaba acciones de difusión cultural desde la Compañía Universitaria de Teatro, esperaba en la antesala de la rectoría para que la recibiera luego de haberla citado de manera sorpresiva para ella.

—Me dijeron que querías hablar conmigo, ¿es cierto? —me preguntó—.

—Quiero pedirte tu participación en un proyecto que, me parece, podría ser muy exitoso y al que pienso canalizar todo mi apoyo.

—¿Y cuál es? —me preguntó, entre curiosa e incrédula—.

—Quiero construir —le comenté— la mejor revista de difusión cultural universitaria. Siempre he pensado que en la Universidad tenemos con qué lograr un proyecto de esa naturaleza.

—Te felicito —me dijo un poco lejana, y me cuestionó—: ¿Yo qué puedo hacer por ti?

(En el momento en que protagonizas este relato, Virginia, te hablaba con la confianza de saber que simplemente escucharías y darías tu opinión para que pudieras, desde la certeza de los argumentos y su mezcla con el afecto y la lealtad, tomar alguna decisión después de valorar y encontrar un equilibrio entre tus potencialidades y la entereza que regalaste en todas las acciones de las que fuiste parte).



Presentación del primer número de *La Colmena* (1993).

La miré fijamente a los ojos y le dije sin más y con el menor recato:

—Quiero que seas la directora.

—Marco, por Dios, yo nunca he trabajado en un programa editorial, y mucho menos en hacer una revista —me contestó—.

—Ése es el primer requisito para dirigir el proyecto —le reviré—. Necesito que el líder de la nueva revista no esté influido por ninguna experiencia anterior.

—Pero es que yo no sé cómo se forma una revista, ni cómo se diagrama, ni cuál es el criterio para el número de las páginas, la extensión de los artículos, el impacto de sus orientaciones, la calidad de sus colaboradores. En fin, no sé de qué me estás hablando —insistió—.

—Ese es precisamente el segundo de los requisitos. Quiero algo nuevo, fresco, sin ataduras, y para lograrlo necesito alguien que tampoco tenga ataduras, ni influencias de lo establecido; que no se preocupe por la tradición editorial y que deje a un lado las recomendaciones y los “doctos” consejos de quienes han vivido entre la tinta y los cuadratines.

Vicky no daba crédito a la propuesta. Todavía hizo un intento de indagar si era verdadera o solamente le estaba jugando una broma.

—Se va a llamar *La Colmena* porque será la casa de las abejas, y si recuerdas —le comenté con entusiasmo—, el maestro Horacio Zúñiga definió a la comunidad universitaria del Estado de México como “enjambre de abejas de lumbre”. ¿Qué te parece?

—Me gusta —respondió, interesándose ya en el proyecto—, pero ¿cómo la tienes planeada?, ¿por dónde empiezo?, ¿a quién involucro?, ¿con qué elementos voy a contar?

—Me parece que ya aceptaste y que ya estamos hablando de los prolegómenos del programa para la creación de *La Colmena*, ¿no es así, mi querida Vicky? —le pregunté un tanto divertido y feliz de comprobar que a un creador, que a una artista, como sin duda lo fue Virginia, le bastan unas cuantas palabras y una propuesta de verdad, de la manera en que le fueron suficientes a ella, para entusiasmarse e involucrarse en lo

que, desde mi punto de vista, ha resultado una de las mejores propuestas culturales y, sin duda, una de las más exitosas—.

Recuerdo que en los inicios de la revista, algunos incrédulos se acercaron a la rectoría para preguntarme, “preocupados”, en qué manos había dejado aquella que había presentado como una de mis mejores propuestas de difusión cultural en mi campaña para rector. “Se está construyendo un diseño extraño”. “El tamaño no es el más adecuado y existen pocas referencias sobre el que se está proponiendo”. “La ventana de la portada parece poco seria”. “El papel no es el tradicional”. Sin embargo, teníamos muy claro el horizonte editorial y cultural que queríamos para la revista.

El primer número le costó a Vicky muchos desvelos y no pocas contrariedades, pero desde su aparición recibió comentarios afortunados, positivos y hasta entusiastas, aunque también los hubo contrarios y hasta poco gratos.

Llegó la prueba de fuego cuando se enviaron ejemplares de los primeros números a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, ya desde entonces (hablamos de 1994) el acontecimiento más importante de la industria editorial y, en consecuencia, de mucha significación para el trabajo universitario en ese renglón. *La Colmena de Vicky*: el trabajo, dedicación, entrega, verticalidad y, particularmente, honestidad intelectual de Virginia, tuvieron su recompensa. *La Colmena*, prácticamente en su nacimiento, en su primera temporada, ganó la mención honorífica del II premio Arnaldo Orfila Reynal a la edición universitaria 1994, en el género revista de difusión cultural, la distinción más significativa en ese rubro.

No faltó quien tratara de minimizar el logro. Entre los comentarios negativos con que se recibió el premio —no abundantes, por cierto—, los hubo del tipo “es la suerte del principiante”, “fue una *chiripada*”, “vamos a esperar el próximo año y veremos qué pasa con la revista”, “seguro se cae”.

Y sí, esperamos al próximo año, pero *La Colmena* ya no se quedó con la mención honorífica, pues *simplemente* ganó el III premio Arnaldo Orfila Reynal a la edición universitaria 1995, otorgado por un jurado presidido por el maestro Martí Soler Vinyes.

He querido escribir este relato porque los acontecimientos que he narrado fueron parte de mi administración al frente de la rectoría de la Universidad Autónoma del Estado de México y porque me llena de orgullo y satisfacción el triunfo de mi querida amiga Virginia Aguirre, quien si bien, por mandato de la vida, ya no está físicamente con nosotros, nos ha dejado su legado y sus éxitos de dignísima universitaria.

No quiero abundar en otros rasgos también importantes y significativos que la distinguieron y que aún caracterizan su obra cultural, los cuales dejo a otros, y que tienen que ver con las líneas de *La Colmena*, su construcción literaria, humana, cultural o académica como el espacio adecuado para aplaudir los logros de Virginia.

Yo sólo he querido dejar en blanco y negro, sin recovecos ni aderezos innecesarios, el mejor y el más sentido de mis reconocimientos a una gran señora, así, con todas sus letras, a una gran señora de la cultura universitaria.

Hasta pronto, Vicky.